

ninguna gente?—No digo eso, sino que es gente que, por sus delitos, va condenada á servir al Rey en las galeras, de por fuerza.—En resolución, como quiera que ello sea, esta gente adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.—Así es.—Pues desamnera, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

En mal hora dijo Cardenio que sería un majadero quien entendiése ó creyese que aquel bellaconazo del maestro Elisabad no estaba amancebado con la reina Madásima. *Eso nó ¡voto á tal!* respondió con mucha cólera el Caballero (y arrojóle, como tenía de costumbre), *y ésa es una muy gran malicia ó bellaquería, por mejor decir; la reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lodaré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día, ó cómo más gusto le diere.* Aquella salida de tono de Cardenio fué la primera llamarada del acceso maniaco de su locura, que le sobrevino así que se vió interrumpido en la historia de sus desgracias; pues Don Quijote, á pesar de que deseaba en gran manera oirla, y había prometido lo que el otro exigió, á saber, que con ninguna pregunta ni cosa semejante cortaríá nadie el hilo de la narración, porque en el punto que lo hiciera, en éste quedaríá lo que fuese contando; á pesar de ello, repito, no bien el loco dijo que su amada Luscinda le había pedido un libro de caballerías en que leer, del cual gustaba mucho, que era el de Amadís de Gaula, cuando el Andante le interrumpió en estos impertinentes términos: *Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor,*

le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento; que con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y después de añadir otras razones semejantes, concluyó con éstas, admirables en el concepto médico-psicológico: Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interrromper su plática, pues, en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna.

Casi un mes hacía que, traído de Sierra Morena, se hallaba el Hidalgo en su casa bien descansado y mejor comido; y ya echando de ver la Sobrina y el Ama que iba dando muestras de estar en su cabal juicio; el Cura y el Barbero entraron en conversación con él, puesta la mira á no tocarle en ningún punto de la caballería andante: propósito que luego mudó el sacerdote para convencerse de que su amigo se había curado efectivamente, como parecía. Contó, pues, que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que, ignorándose su designio y dirección, habíase puesto en armas toda la Cristiandad, y el rey de España preparádose á contener la embestida del infiel, dictando ciertas oportunas providencias. *Si se tomara mi consejo*, observó al instante el Caballero, *aconsejále yo que usara de una prevención, de la cual su Majestad, á la hora de agora, debe estar muy ajeno de pensar en ella.* Harto pudo desde luego decir el Cura entre sí: « Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote; » porque á pocas palabras que mediaron, exclamó éste: *¡Cuerpo de tal! ¿hay más, sino mandar su Majestad, por público pregón, que se junten en la corte, para un día señalado, todos los caballeros andantes que vagan por España? que aunque no viniesen sino media do-*

cena, tal podría venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco..... pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo..... y Dios me entiende, y no digo más. A ese tal y á ese alguno, que eran una misma persona, no había que señalarlos con el dedo; y además, como dijese al punto la Sobrina: ¡Ay! ¡que me maten, si no quiere mi señor volver á ser caballero andante!; repuso Don Quijote: Caballero andante he de morir; y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuán poderosamente pudiere; que otra vez digo que Dios me entiende.

No sin más de un contratiempo y peligro llegó la función de los títeres de maese Pedro al apurado lance en que don Gaiferos huye llevando sobre las ancas del caballo á Melisendra, y los persigue y casi alcanza la caballería mora; y de súbito gritó el Andante: *No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiferos: deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla:* y tal la hizo, desenvainando la espada y poniéndose de un brinco junto al retablo, que no dejó títere con cabeza: sin ella alzaron del suelo al rey Marsilio, partido de arriba abajo al emperador Carlo Magno, y á Melisendra sin narices y con un ojo menos.

Ni el sueño embargaba la vigilancia del delirio de Don Quijote, como se vió en su pelea con los cueros de vino, y especialmente en las representaciones fantásticas que tuvo en la cueva de Montesinos, pues, al declararle este señor que si Belerma parecía algo fea, era la causa el dolor continuo que sentía en su corazón por el de Durandarte, que tenía en las manos, y le renovaba y traía á la memoria la desgracia de su malogrado amante; *que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del To-*

boso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo; replicó con presteza, aunque con mesura, el Caballero: Cepos quedos, señor don Montecosinos: cuente vuesa merced su historia como debe; que ya sabe que toda comparación es odiosa, y así, no hay para que comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido..... y quédese aquí.

En suma, pinceladas de mano maestra en la pintura de un delirio nunca dormido, siempre despierto, siempre vigilante..... Todos los monomaniacos son tan hábiles retratistas de sí mismos como Don Quijote.

CAPÍTULO X.

FALTA DE CONCIENCIA REFLEJA DE LA LOCURA
EN EL QUE LA PADECE.

Síntoma general y tenaz es la *falta de conciencia refleja de la locura*, y no privativo de la monomanía, sino propia de todas las enfermedades mentales. Llámola así, porque, acomodándome al tecnicismo filosófico, quiero significar con tal denominación el defecto de aquel acto del entendimiento que, en el estado de normalidad ó salud, obra sobre la simple presencia de las afecciones interiores, en la cual consiste la conciencia directa. En el sentir, imaginar, pensar y querer, en cuanto son puras afecciones del alma, el loco no se diferencia esencialmente del cuerdo, y, como éste, percibe ó conoce que siente, imagina, piensa y quiere, es decir, tiene *conciencia directa* y *conciencia refleja* de aquéllas. De esto no dejan duda tal vez algunas de sus palabras en el mismo delirio, pero sobre todo sus explicaciones ingenuas cuando curado. Lo que le diferencia fundamentalmente del cuerdo es, que de sus conceptos morbosos, ilusiones y alucinaciones tiene, según acabo de indicar, conciencia directa, mas no la refleja de que son delirantes sus ideas, erróneas ó falsas sus sensaciones, y, por lo mismo, anómalos, extraviados ó pervertidos los actos del entendimiento, que unas ú otras suscitan ó promueven. Cíñome á apuntar estos fenómenos psíquicos, porque su explicación cumplida llenaría muchas páginas.

Sin embargo, en lo poco que va dicho se vislumbra por qué el alienado no asiente jamás á que lo sea, antes, por el contrario, lo niega con toda la energía del

convencimiento que da el sentido íntimo de afecciones positivas, verdaderas en sí, en cuanto á afecciones, aunque quiméricas y falsas, en cuanto no corresponden, y tal vez repugnan, á la realidad, ya moral, ya física. A un loco de mi Manicomio, que se imagina ser de piedra, y fuerte como ella; á otro, que, en cuadras desiertas y en campos solitarios, oye, y, si posible fuera, en el vacío oiría también, voces insultantes y provocativas, y siente que le aporreaman manos invisibles; ¿cómo se podrá convencerles de lo contrario, si tienen conciencia directa y refleja, aquél de su concepto, y éste de sus sensaciones acústicas y táctiles? Y es tan firme su sentido íntimo, que, en conformidad al susodicho concepto y sensaciones, discurren y obran tan bien, tan á las derechas, voy á decir, como el cuerdo en orden á sus percepciones sanas. El primero se tiene por más invulnerable que Aquiles, pues ni el calcañar hace excepción en su cuerpo; y el segundo increpa á sus ocultos perseguidores, les baldona y maldice, conjurándoles á que den la cara. De esta suerte proceden todos los locos, especialmente los lúcidos.

En ellos, por tanto, es natural que el criterio de conciencia predomine sobre el de evidencia y de sentido común. Así pues, al que, sumido en la miseria, se figura estar nadando en riquezas — caso frecuentísimo, porque á opulentos enloquecen innumerables, á pobres muy contados, — ó al que, sin conocer el do de solfa, presume de eclipsar la celebridad de un Rossini con papeles estrambóticamente garabateados, que intitula *partitura* de una ópera, y guarda como quizás no guardó ninguna el maestro de Pésaro — caso que también he visto en mi práctica, originado, á lo que conceptúo, de un delirio de imitación, — á éstos y otros semejantes no se trate de darles en rostro con su desvarío, de hacerles patente su locura, de reducirles á que reconozcan su error, poniendo al uno en el extremo de confesar que no tiene un céntimo en el bolsillo, ni tal vez

bolsillo siquiera; y al otro, en el de conceder que ignora las voces de la escala música y hasta sus signos representativos; porque ni aquél dejará de quedarse tan ensoberbecido con los imaginados caudales, ni éste tan orondo con el mérito artístico de los caprichosos borrones; como diciendo entre sí, cada cual, con respecto á su condición é ingenio, *je pur si muove!* Y, si no esta salida, tendrán otra por el mismo estilo, aunque menos erudita, muy común en los monomaniacos, en los ilusionarios y alucinacionarios, cuando se ven acorralados por los argumentos de un impugnador; y es la petición de principio, en que suele resumirse la lógica del loco, según dejo explicado en otra parte. — «Será pobre quien » no tiene un céntimo, y yo, en verdad, no puedo dár- » selo á V., que me lo pide; pero, como quiera, soy » rico, pues me pertenecen todas las naves surtas ahora » en el puerto de Barcelona, las casas de su casco an- » tigo, las de su Ensanche, y las arcas de sus Bancos.» — «No negaré que no pueda componer música quien » ni siquiera haya aprendido solfa; pero yo he escrito es- » ta ópera, y ya oirá V. armonías y melodías cuando la » canten los artistas de *primo cartello* que yo me sé; y » luego me dirá V. si hubo jamás maestro que á tal » grado subiese la perfección del arte.» Estas contestaciones son auténticas en la sustancia, y sólo es mía la forma en que las presento, porque verdaderamente notan acicaladas las recibí del loco rico y del loco músico; pero todos, en general, y aquí finca al punto, las dan cortadas por el mismo patrón en circunstancias iguales.

La falta de conciencia refleja de su mal es la que pone al orate en el caso de no sospecharlo siquiera, y juzgarse por sano de entendimiento y de cuerpo, por más sano que todos cuantos pretenden convencerle de lo contrario; de manera que, á su entender, está vendiendo salud, y, por lo mismo, rehusa casi siempre, y tal vez con terquedad invencible, el someterse á tratamiento

curativo; ó, como dice comunmente, el tomar medicinas. Además, y esto es lo que va en derechura al fin de mi explicación, al ver la incredulidad, la risa y acaso la burla con que son recibidos el relato de sus ideas y sensaciones patológicas y el desconcierto de los actos que, incitado por ellas, comete; al oír los reparos que se le oponen, las impugnaciones que se le hacen, los consejos que se le dan, las persuasiones con que se pretende volverle al camino de la discreción y buen juicio; y al sufrir quizás la fuerza con que se le reprime en los conatos dañinos, en la vehemencia de la agitación ó en los raptos del furor; mírase reducido al desesperante trance de aquél á quien, sin haber probado gota de vino, trataran de ebrio; ó quisieran convencer de la verdad con el error; ó privaran de la libertad contra todo derecho y razón, persiguieran, maniataran é infligieran castigo como á facineroso.

Ya lo he dicho antes: más arraigadas están en la cabeza del loco sus ideas morbosas que las sanas en la del cuerdo; más firmes son en aquél las convicciones que le dan hechos erróneamente interpretados ó imaginarios, que en éste las que saca de la evidencia y del sentido común. En la venta de Palomeque, donde sucesos tan extraordinarios ocurrieron, mareado por la algarrabía de los circunstantes, y más por el dictamen pericial del socarrón de maese Nicolás, está el barbero lugareño á dos dedos de convenir en que su bacía es yelmo; y aun Sancho, como para cortar por medio, llega á llamarla baciyelmo. No así Don Quijote, á quien, según se vió atrás, todas las protestas del pobre rapador no sirvieron sino para afirmarle en sus trece. Por esto he dicho también que para el alienado su criterio es infalible; que sólo él raciocina á derechas; y en la población de un manicomio él es el cuerdo, la *rara avis*, entre ignorantes, cerrados de mollera ú orates dignos de lástima. ¡Cuántas veces, tratando de abrir los ojos á alguno, para que viera lo enorme de sus desatinos y

desaciertos, han tenido que oír mis oídos, y disimular mi paciencia, que me dijese, entre arrogante y compasivo:—*¡Ah, señor Doctor, cómo quisiera V. tener mi buen entendimiento!*— Éste, al menos, era comedido, pues no han faltado quienes, rompiendo con todo miramiento y respeto, y en el modo más crudo, me llamasen loco.— Uno hubo, muchos años atrás, en mi Manicomio (y pase este recuerdo como apéndice curioso), que era mísero juguete de continuas, múltiples é implacables alucinaciones; ejemplar notabilísimo de manía incoherente; pagado cuanto cabe de su buen seso; enemigo acérrimo, como todos los recogidos, de la clausura hospitalaria; reformista universal hasta el extremo de destruir y recomponer á su antojo muchos vocablos del diccionario castellano, y usar licencias sintácticas que á sí mismo se otorgaba, para dar más nervio á la expresión de ideas peregrinas, estrambóticas y terríficas, porque no decía razón concertada. Pues bien, una le oí á menudo que sí lo era en el estado del infeliz, por cuanto iba muy vía recta al concepto de su cordura y al logro de sus esperanzas; y que él resumía en estas pocas palabras, pronunciándolas con tono imperativo, casi conminatorio: *¡no hay locura! ¡fuera manicomios!*

Con estas verdades de experiencia clínica va conforme la locura de Don Quijote.

Movido á compasión el Canónigo dice al Caballero: *¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadisés y aquella turbamulta de tanto famoso caballero...? Y aun tienen (dichos libros) tanto atrevimiento, que se atreven*

á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á términos, que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algún león ó algún tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle. Como quien, defendiendo conclusiones, atentamente recapitula y se hace cargo de los argumentos de su contrincante para desatarlos, así el Caballero, terminado el discurso del Canónigo, resume y rebate las razones con que ha querido persuadirle: Añadió también vuestra merced, dice, que me habían hecho mucho daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan... Pues yo hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenuta por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbrá, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta.

Más con cultura de cortesano que con rusticidad de cabrero, cuenta Eugenio la historia de Leandra, la pedida en matrimonio por él mismo y por Anselmo, que, dejando plantados á los dos, se fugó de la casa paterna con el soldado Vicente de la Roca, por quien fué robada y abandonada en una cueva, donde la hallaron los que en seguimiento suyo habían salido. En-

cerróla su padre en un monasterio; Eugenio y Anselmo se concertaron en dejar la aldea é irse á un monte, en el que, apacentando el uno ovejas y el otro cabras, diesen vado á su tristeza con cantares de alabanza ó vituperio de la antojadiza moza, suspiros y querellas. Acabada la narración, ofrécese á Eugenio todos los oyentes; pero el entonces desenjaulado Don Quijote se excusa diciéndole: *Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino porque vos la tuviéades buena; que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando empero las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno. Aunque yo espero en Dios, nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador, mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Y preguntando Eugenio al Barbero quién es el que tales cosas le ha dicho, y respondiéndole el otro que Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor en las batallas; eso me semeja, repone el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. No más rápida y viva sale de la botella de Leide la chispa eléctrica llamada por la esferita del excitador, que estalla encendida por estas palabras la cólera de Don Quijote: Sois un grandísimo bellaco, y vos sois el vacío y el*

*menguado; que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy... * que os parió.*

La conversación de Don Quijote en su casa con el Cura y el Barbero, tras los acaecimientos referidos, aunque fué tranquila y amena, tuvo, sin embargo, un lance, que de seguro habría levantado gran borrasca sin la prudencia de aquellos sus amigos y la mansedumbre accidental del mismo Hidalgo, que sentía ya los efectos benéficos del descanso en el seno de su familia. Que no hay hipostenizante más eficaz de los afectos neuróticos y frenopáticos que el retiro y sosiego, sobre todo después de vivas conmociones morales y quebrantos del cuerpo, como los que en el nada joven, y sí muy fatigado, del Andante produjo su delirio semizoantrópico en Sierra Morena, y la sobreexcitación consiguiente á las privaciones y al hambre. El anuncio de la supuesta bajada del Turco contra la Cristiandad, con que, según se ha visto, muy de propósito quiso el Cura explorar el verdadero estado mental de Don Quijote, á quien ya casi tenían todos por vuelto en su juicio, hirió la fibra ó la célula, que esto importa poco, más delicada de su cerebro, y al instante hizo revivir nó, que harto vivo estaba, sino reaparecer claro y distinto el delirio en los razonamientos, hasta el punto de no dejar la menor duda acerca de la subsis-

* He de suplir con puntos suspensivos dos palabras usuales y corrientes en tiempo de Cervantes, porque, en el nuestro, ofenderian los castos oídos de los lectores, que, sin embargo, pueden pronunciar en público y poner en letra de molde sus sinónimas, sin temor de incurrir en la nota de poco mirados en achaque de decencia. ¡Válganos Dios por escrupulosos! Aquellas palabras, escritas parecerían mal, y habladas sonarían peor hoy que, embotados por la costumbre nuestros ojos, ya no se escandalizan con la pintura del vicio en su más procaz desnudez y desvergüenza; ni nuestros oídos lastima el lenguaje más inundo y brutal; ni nuestra conciencia sublevan los provocativos alardes de un dementado descreimiento, ni los rugidos de la torpe y atroz blasfemia contra lo más santo, que nunca de otro pueblo, antiguo ni moderno, han sido tolerados, ni en los borrascosos tiempos de su mayor corrupción, decadencia y ruina.

tencia de la monomanía, de todo en todo idéntica á la ya bien conocida en su idea primaria, en las secundarias y en los demás fenómenos que le daban carácter personal. Desengañados quedaron ya los amigos, la Sobrina y el Ama; mas el Barbero, que en cuanto á chanzas no desechaba ripio, tuvo la mala ocurrencia de remachar el clavo del desacierto, que, sin duda por precipitación, hija del mejor deseo, había cometido el Cura; y contó, por venir, á su juicio, muy á cuento, el del loco de Sevilla, que, declarando con insana franqueza ser Neptuno, trató de dar el quite á la certera estocada que le asestó á la cabeza otro orate que decía ser Júpiter. Caló Don Quijote la segunda intención del Maese, y le dijo: *Pues ¿éste es el cuento, señor Barbero, que, por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle! ¡Ah, señor rapista, señor rapista!, y ¡cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo: sólo me fatigo por dar á entender al mundo el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Orden de la andante caballería..... Y con esto, me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della; y si Júpiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor bacía que le entiendo. Y, excusándose maese Nicolás con que fué buena su intención, y no debía sentirse Don Quijote, añadió éste: *Si puedo sentirme ó no, yo me lo sé. ¡Qué suavidad, qué delicadeza de tintas! ¡Qué diferencia entre estas respuestas y las que dió el Andante al Canónigo y al cabrero! ¡Cuán modificado el delirio, si no en el fondo, en la forma, en las**

manifestaciones más expresivas! Parecele á uno ver pintadas en la fisonomía de Don Quijote la calma, la apacibilidad, la animación templada que van devolviendo paulatinamente al orate el retiro y el reposo, el alimento y el sueño, reparadores de largas agitaciones y luchas, abstinencias y vigiliass. Diríase que á ella salen también las afecciones que van renaciendo ó avigorándose, y la claridad del entendimiento, que comienza á abrirse paso por entre las sombras de la locura, como si, entre celajes, aparecieran los albores de un intervalo lúcido. Mejor copia del natural no la sacara el frenópata más instruído y práctico.

CAPÍTULO XI.

UN MISTERIO PSICOLÓGICO.

Hasta aquí dejo expuestos hechos que van por la corriente del delirio, pero ahora me toca hablar de uno, que, por ir contra ella, ser muy difícil de explicar y más de comprender, es, á mi juicio, uno de tantos misterios psicológicos. De tantos digo, porque, en lo íntimo ó más profundo de la vida mental, los hay muchos para el espíritu pensador y reflexivo, libre de toda preocupación de escuela, y opuesto á admitir, venga de donde viniere y de cualquier modo que viniere, lo que, por más que suspenda, cautive y casi convenza, no se acomoda á los principios fundamentales de la Filosofía.

Ya me parece estar contemplando el gesto que pondrán ciertas personas al leer aquí la palabra *misterio*, por sentirla disonante en el concierto de las que usa, prohija ó inventa el criterio exclusivamente experimental y positivo de la Biología, tal como muchos la profesan. No me impugnen la propiedad de aquel vocablo, ó propónganme otro que exprese mejor la cosa, y sea de solar castellano— porque tengo hipo con las nomenclaturas exóticas mal vestidas de indígenas, que hoy están en moda, — y no andaré rehacio en adoptarlo; ó, si prefieren penetrar en el meollo del asunto, revélenme el arcano, y al momento renunciaré á calificar de misterioso el hecho.

¡Misterio!..... pues ¡no tiene pocos la naturaleza! Si no hay forma de poner en claro la operación íntima con que en la última molécula de nuestro organismo toman cuerpo y actividad los accidentes del mundo externo y las afecciones de nuestra alma, ¡misterio ha de ser la sensación, misterio el sentimiento, misterio la inteli-

gencia, mayor misterio la razón, y el genio misterio de misterios! ¿Y la salud y la enfermedad, la cordura y la enajenación mental, la vida y la muerte?

Ni el materialista, que levanta el edificio de su teoría psíquico-fisiológica sobre la piedra angular del tan traído como llevado principio de Cabanis, que *el cerebro secreta orgánicamente el pensamiento**; principio que ya ciertos autores, entre los más modernos, enuncian y sustentan quitada la dicción modificativa de la crudeza de su concepto; ni el mismo materialista, repito, puede menos de admirarse de la rara potencia de la pretensa glándula intracraneal, que, en todo caso, con ser singular y anómala, queda equiparada á las parótidas, al hígado, á los riñones, á los folículos de Lieberkühn y á otros análogos; ni tampoco puede dejar de conceder que, en medio de todo esto, y sin menoscabo de la identidad de la función secretoria en la diversidad de sus productos, harto misteriosas son, comparadas con la saliva, bilis, orina y algún moco más ó menos limpio, secreciones cerebrales como las que conocemos por los nombres de *Sistema Copernicano* y *Termodinamia*, *Parthenón de Atenas* y *Venus de Milo*, *Barbieri di Siviglia* y *Parsifal*, *Divina Commedia* y *Don Quijote de la Mancha*.

¿Misterios no tienen también la Física, la Química, la Estética.....? Atracción..... afinidad..... belleza..... ¿Dicen algo más estas palabras que las *cualidades ocultas* de los peripatéticos? Y, sin embargo, con estas y otras palabras semejantes expresa toda ciencia hechos en que funda su doctrina, patentes por resultados positivos, trascendentales para el bienestar y progreso del humano linaje, poderosos tal vez á cambiar en pocos lustros el aspecto del mundo; pero, con todo eso, inexplicables, incomprensibles en su entidad, tan arcanos como ignorado es lo que existe en los espacios de

* *Rapports du physique et du moral de l'homme*; edición de París, año 1843, página 123.

inconmensurable lejanía adonde no alcanza el telescopio del astrónomo.

Hasta el lenguaje corre sobre la misma incertidumbre: constreñir á un sabio á que en sus razonamientos no usase voz alguna cuya definición esencial no pudiese dar, sería condenarle á perpetuo silencio. Y, esto no embargante, los sabios hablan entre ellos; y los que no lo somos, también; y ellos con nosotros, y acaso nosotros con ellos; y todos nos entendemos ó creemos entendernos, aunque no siempre lo suficiente para que ande la paz por el coro.

No hay que darle vueltas: dondequiera reina la oscuridad del misterio; y en vano pugna el hombre por arrojar de sí esta pesadilla de su ignorancia.

La de la relación de causalidad que ciertos hechos patológicos guardan con otros, aquéllos y éstos bien conocidos en sus accidentes y por sus resultados, es harto manifiesta, por desgracia; y poco trabajo me costaría el traer varios ejemplos de ella y comentarlos, si lo pidiese la materia. Sean cuales fueren las respectivas lesiones del organismo, ¿dónde está el nexo que une la tuberculización pulmonar con las bien puede decirse constantes confianza y alegría del que la padece; los afectos crónicos de las vísceras cuyas venas afluyen á la porta con el ánimo apocado, dudoso, sombrío y pesimista que concurren á caracterizarlos? ¿Cómo la saturación alcohólica enciende tantas y tan peligrosas alucinaciones? ¿Quién puede darse cuenta del instantáneo trueque de lo objetivo en subjetivo, por el cual la sensación queda convertida en ilusión? ¿Por qué en la parálisis progresiva la fantasía delirante, henchida de ideas de hermosura, superioridad, grandeza y opulencia, vuela raudamente por los aéreos espacios del mejor de los mundos posibles é imaginables? Éstos no se dirán misterios, pero sí son secretos incomprensibles todavía para la ciencia: conquese allá se salen.

El loco *desconoce* su locura y *conoce* la ajena.

Este hecho que, pareciendo envolver cierta contradicción, es positivo é indudable, aunque pasmoso, constituye lo que he querido llamar *misterio psicológico*. El cual puede explicarse, en parte, diciendo que, según de ya expuesto, la conciencia refleja del orate es cabal con respecto á sus afecciones internas independientes de la locura, y nula tocante á las que derivan de ella; pero sólo en parte, entiéndase bien, porque no se alcanza la razón del carácter positivo de dicha conciencia en el primer caso, y del negativo en el segundo; ni, por lo mismo, se comprende cómo el conocimiento que tiene el loco de la locura de los demás es compatible y simultáneo con la ignorancia de la suya propia. Problema irresoluble, porque incluye una incógnita que acaso jamás podrá despejarse.

Cáese de su peso que esto no se entiende sino con locos más ó menos lúcidos, no con todos. Son, empero, bastantes los que, recogidos en un manicomio, afirman y defienden, como quien dice á punta de lanza, la sanidad de su entendimiento, oyen con desdén los reparos de los que muestran dudarlo, ó hacen por desvanecerlos, con desprecio, enojo y tal vez cólera; y al propio tiempo dan de alienados á todos los demás reclusos, y se desazonan de tener que habitar debajo de un mismo techo, miserablemente confundidos con ellos. Lo de no ver la viga en el ojo propio, y sí la mota en el ajeno viene pintiparado á estos locos.

Risa causaría, si el infortunio mayor del hombre no moviese siempre á llanto, el caso, que con frecuencia se repite, de un orate vocinglero ó alborotador que, recluído por la noche en el dormitorio de los tales, como es consiguiente, al otro día solicita con mucha seriedad que no se le obligue á volver, no siendo loco, á una estancia donde con destemplada é incesante grita le impiden conciliar el sueño los que allí están recogidos, á quienes califica rotundamente de locos perdidos, quizás excusándoles y compadeciéndoles.—Dos hay en mi



Manicomio, que adolecen de alucinaciones inveteradas y, á mi juicio, incurables; el uno del oído, y el otro del oído y del tacto: á entrambos traen de continuo á mal traer los sempiternos enemigos invisibles: los del primero están escondidos debajo del suelo, así en los altos como en el planterreno, le escuchan, adivinan lo que piensa, y le zahieren ó infaman; al segundo los suyos, que las más veces son gente de Iglesia, le burlan ó denuestan volando por el aire, ó se posan en alguna parte de su cuerpo; y ora le soplan en las orejas, ora le dan retortijones de tripas, aquí le estiran los nervios, allí le mueven dolores de huesos, y de vez en cuando le causan un trastorno momentáneo, que real y verdaderamente lo es, aunque no en la manera que su aberración sensoria le da á entender, sino tal y como lo produce cierto padecimiento crónico de la médula raquídea. El uno tiene puntas y collar de dipsomaniaco*, y andaría á menudo haciendo eses, si se le dejara á sus anchas; pero, no perdiéndole de vista, se le sujeta á una forzosa templanza, y así, es tan bueno como el otro, á quien en bondad y pundonor nadie, sin exceptuar los cuerdos, puede echarle el pie adelante. Los dos son atentos, dóciles, laboriosos y hábiles en sus oficios, de guarnicionero y carpintero respectivamente, oficio este segundo, que el recluso ha aprendido en el Manicomio; se hablan, se tratan, aunque no con intimidad; suelen estar hombro á hombro en la fila al recibir mis visitas; pero lo mejor del caso es que el uno del otro, y éste de aquél, se ríe de sus quebrantos, pesares y lamentos; y cada cual, á su modo, viene á decir, entre compasivo y fisgón, de su compañero:—*¡Bah, el pobrecito lo ha de los cascós!*

Refiriéndose á la interrupción con que Don Quijote

* *Dipsomanía*, deseo inmoderado, pasión vehemente, vicio frenopático de beber vino ú otro licor alcohólico; y también la enfermedad mental llamada *alcoholismo crónico*, á que da origen la repetida ó constante embriaguez, consecutiva á la satisfacción de dicho vicio: *dipsomaniaco*, perteneciente ó relativo á la dipsomanía.

cortó el hilo de la historia de Cardenio, díjole después Sancho: *¿Qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ó ¿qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo ó no?; que si vuestra merced pasara por ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun más de seis torniscones.* Sobre no ser hombre el Andante para echar el pie atrás en la defensa de damas, cuanto más de reinas, ni para recurrir á temperamentos que zanjasen dificultades en las acciones á que le empujaban sus desvaríos, respondió al escudero: *A fe que si tú supieras, como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo; y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que, cuando lo dijo, ya estaba sin juicio.* Pues, por lo mismo, no tenía por qué salirse de sus casillas el Andante, y despachurrar el cuento; però, al cabo y á la postre, entre locos andaba el juego.

¿Qué prueba mejor de la verdad de mi tesis? A vueltas de un desatino como los que al Caballero inspiraban tan á menudo las memorias de sus insanas lecturas, soltó la discreción que en un caso semejante habrían proferido los labios de toda persona de seso.... El misterio psicológico: Don Quijote conoció bien la locura de Cardenio, desconociendo de todo punto la suya propia; para la cual era tan ciego como lo es la pica para el color de su plumaje, cuando zumba al cuervo diciéndole: *compadre, sodes negro.*

CAPÍTULO XII.

CORDURA SUBSISTENTE EN LA LOCURA.

Por más que parezca extraño, generalmente la locura no llega á mudar de todo en todo la condición del que la padece, pues, á pesar del delirio, que tantas cosas le arrebatara, conserva rasgos inequívocos, acaso muy sobresalientes, de su índole, piedad, cultura y virtudes, ó de su descreimiento, rusticidad, ignorancia y vicios. Ni obsta que la mudanza de las cualidades morales sea, como se ha dicho ya, uno de los fenómenos característicos de los padecimientos psíquicos, porque, si bien profunda, por lo común, no suele extenderse á más de los afectos que, directa ó indirecta, continua ó temporalmente, conmueve ó perturba el desvarío, quedando incólumes los restantes, y aun quizás en la plenitud de su potencia y energía.

Los que apenas conocen de vista á los locos imaginan que nadie lo es, que nadie puede serlo, si incesantemente no tiene el dislate en los labios, la malquerencia en el corazón, el capricho en la voluntad, el desatino en la conducta: ó, dígase [de un modo general, caracteres opuestos á los que, en juicio público, acreditan al hombre de sensato, bondadoso, prudente y circunspecto: error que la experiencia desvanece mostrando ser bastantes los orates que, como explicado queda en otro capítulo, á menudo hablan en razón; tienen miramientos y respetos; se distinguen por su docilidad, y cumplen de buen grado sus obligaciones en el manicomio; casi como pensaban, sentían y se portaban cuando cuerdos. Con todo eso, justo es decir que lo que más tardan en borrar ó desvanecer las aberraciones mentales son el sentimiento religioso, la instrucción y la educa-

ción. Que suele subsistir el primero, apenas menoscabado por el desvarío, probaríalo yo, si menester fuese, con ejemplos muy notables; aun bien que ya lo manifiestan claramente la escrupulosidad, á veces exagerada y sorda á toda impugnación concienzuda, con que varios locos, y más quizá locas, guardan el precepto religioso de abstinencia; y la buena compostura, silencio y recogimiento con que unos y otras, en sus departamentos respectivos, oyen misa y rezan en común las oraciones ordinarias; por manera que, sin ánimo de inferir ofensa, diré muy alto que de ellos podrían aprender algunos que se estiman por cuerdos, discretos y celosos observantes de los mandamientos de la Iglesia. La educación y la instrucción imprimen en lo moral y en lo intelectual sendas marcas de tinta indeleble; y tanto es así, que por ventura jamás las hacen desaparecer del todo los fuertes reactivos de la corrupción ó del delirio: argumento de hecho contra el dictamen de los que, no mirando sino con la engañosa lente de un sistema, niegan al hombre aptitud para su mejoramiento y perfección, si ya no la dan de suyo cualidades intrínsecas, supuestas, que nunca conocidas, del organismo; como queriendo adormecerlo y anonadarlo bajo la pesadumbre de una fatalista predestinación, matadora de todo aliento y esperanza. El ignorante que pierde el juicio, más zote, que era, se queda; el rudo, más torpe y desatento; y, por el contrario, hasta en la locura pasiva del que fué instruído, brilla alguna luz de cultura, tal vez algún destello de ingenio; y en el orate que recibió una educación esmerada, échase de ver, por lo menos, un resto de atención y cortesía. Es decir, que en la locura actual se transparenta la cordura pasada.

A la simultaneidad de cualidades fisiológicas y alteraciones patológicas de la mente llamo yo *cordura subsistente en la locura*, y es un hecho digno de gran reflexión, no raro en las vesanias pasivas ú oscuras; frecuente en las activas; entre éstas, más en las lúcidas;

y casi constante en las de delirio parcial, ya hipocóndrico, ya monomaniaco, mayormente en este último. Con ella cuenta y sobre ella se funda la disciplina de los orates en un manicomio: disciplina de imponderable influencia terapéutica; y que, aun como simple forma de conducta es tal, que, sin verla, nadie la creyera; y tan ejemplar, que podría servir de norma á los reclusos de muchos establecimientos de clases distintas.

Había, años atrás, en mi Manicomio un maniaco, forzado y valiente como él solo, cuyo estado habitual era la exaltación alborotadora y pendenciera. A impulso de ésta, no afrontaba, sino que iba en busca de lances empeñados y peligrosos; mas, á fuer de valiente, era noble. Temerario otro maniaco, animoso también y no flaco, atrevióse á darle un puntapié por no se supo qué motivo; y, cuando los asistentes corrieron á interponerse entre los dos para evitar la terrible pelea que parecía no poder menos de armarse, oyeron, no sin grande asombro, decir el ofendido al agresor, que entonces, por su agitación, llevaba puesta la camisa de fuerza: —*Anda, pídeles á los criados que te quiten estas ataduras, y, libre que estés, nos veremos las caras*; mas ni aun levantó la mano en ademán de responder al provocativo maltrato del desaconsejado compañero.

La carta que voy á copiar al pie de la letra, mudando solamente los nombres propios que van en ella, y omitiendo los de las poblaciones que se citan, es de un alucinacionario entreverado, bastante instruído y argumentador impertérrito. Viene, á mi entender, muy al caso, porque, en su primera parte muestra la senda torcida por la que el adolescente lleva al error la interpretación de ciertos actos de una persona allegada, que hubo de buscar modo de salvarle algún papel interesante, y pedir que el infeliz fuese recluído, por vía de seguridad de su persona y tratamiento de su dolencia; y lo restante del escrito es un retrato moral del autor, con las ínfulas de entendido político y la urba-

nidad que le distinguen, y de más á más la amanerada adulación que da forma á su trato con las personas de quienes espera conseguir algo. Dice así:

«Muy señor mío, de mi mayor consideración y res-
»peto: Dispense V. la libertad que me tomo de escri-
»bir á V. Tengo el sentimiento de participar á V. que
»mi hermana, Gláfira, de..... después de haberme he-
»cho perder mi empleo, de haberme hecho pasar por
»mil desgracias, é imposibilitado de obtener otro,
»usurpándome con llave falsa (como me lo confesó) la
»única hoja de servicios que poseía y otros documentos
»de la carrera, me secuestró en el manicomio de....,
»sin haber hecho jamás acto alguno de demencia, como
»lo dije á su Director al recibirme, y sí sólo por profesar
»las ideas políticas de mis difuntos padres (hijo mi pa-
»dre y defensor de esa población), que eran las libera-
»les; de consiguiente apreciaré muy mucho de la
»nobleza y bondad de V. y de nuestros correlogiona-
»rios se sirvan hacer lo posible á fin de que se me dé
»la debida libertad, que sólo cometiendo un crimen se
»me ha usurpado.—Tuve el gusto de leer por casuali-
»dad la reseña de la reunión que se verificó en esa con
»el Excmo. Sr. D. Onésimo, haciendo un gran elogio
»del discurso que hizo V., por el cual le felicito y debo
»decir á V. que además de estar identificado con las
»ideas políticas, tanto de V. como del Excmo. señor
»D. Onésimo, lo estoy con las económicas, y por esto
»suscribí una carta de adhesión que se me invitó á fir-
»mar en..... y votar á dicho Excmo. Sr. en el año.....
»poco antes de secuestrárseme. Dispense V. la redac-
»ción, pues he de escribir como de limosna y acercán-
»doseme á decir con frecuencia si he concluído, y
»estorbándome, y teniendo poco tiempo.—Confío,
»Sr. D. Clímaco, que tanto V. como nuestros correli-
»gionarios se dignarán hacer cuanto esté en su mano
»(no sé si ésta llegará á las de V.) para que se me dé la
»salida, y excusado es decir que ahora más que nunca

» deseo, á pesar de lo poco que valgo, servir al partido.
 » — Mi hermana es una fanática, siendo su negro plan
 » que muera en el manicomio, así como deseaba que
 » muriese en el hospital de ésa, de lo que tengo prue-
 » bas, entre otras, de haberme excitado al suicidio.—
 » Debo añadir que de dicho manicomio se me ha tras-
 » ladado á éste..... Disponga V. como guste, tanto como
 » particular como en el concepto de ser jefe del partido
 » en esa provincia, de este S. S. S. Q. B. S. M.»

La subsistencia de cordura en la locura de Don Quijote salta á la vista en toda su historia, dando ocasión á los contrastes más interesantes, y que más simpatía granjean al pobre Caballero. Diciendo de él don Diego que es *un cuerdo loco y un loco que tira á cuerdo*, expone, con el laconismo feliz de una locución rigurosamente acomodada á la verdad científica, uno de los caracteres generales más distintivos de la monomanía del Hidalgo. Cuantos le tratan, tiénenle por *hombre de muy buen entendimiento* en lo que no toca á su locura, y hay quien le ensalza calificándole nada menos que del *más delicado entendimiento que hay en toda la Mancha*. Sus amigos se esfuerzan en buscar un arbitrio para curarle, *por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como Don Quijote sea loco*. Y al castellano que le ve pasear por Barcelona le *da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería*. Benigno, compasivo, caritativo, religioso, agradecido, cortés, afable, discreto, instruído, ni una sola vez, fuera de sus exaltaciones, desmiente con las palabras ni con el comportamiento estas bellas partes. *Porque verdaderamente, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato; y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían*. Yo no vuelvo

de mi asombro cuando leo este pasaje, digno de grande encomio, y que no pudo escribir Cervantes sin haber penetrado uno de los mayores secretos de la locura; porque lo es en efecto, y aun parecerá cosa inverosímil á los que no han tenido larga comunicación con los orates, ni meditado sobre las aparentes contradicciones que envuelven ciertos fenómenos de la vida mental, en enfermedad como en salud.

Prolija tarea sería el referir todos los actos y palabras del Caballero que sacan á luz la cordura que debajo de su locura alentaba.

De su afecto religioso certifica la excusa que da al derribado acompañante del cuerpo muerto: *yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy.*

¿Hay, por ventura, más discreción que la que resplandece en estas reflexiones á Sancho? *Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo; y, con todo esto, me atrevería á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan á la honra de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa será conservarla, y aun mejorarla, en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla; que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.* Con razón añadió luego entre sí el escudero, que cuando su amo comenzaba á enhilar sentencias y dar consejos, no sólo podía tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á ¿qué quieres, boca?

De entre los objetos que contenía la maleta que hallaron amo y mozo en Sierra Morena, aquél pidió el librito de memoria y mandó al otro, por liberalidad tanto como por afecto y agradecimiento, que guardase y tomase para sí el pañizuelo con su buen porqué de escudos de oro.

Muestras de instrucción é ingenio, muchas dió Don Quijote, y algunas por cierto brillantísimas. ¿Quién no se saborea con el razonamiento á los enconados bandos del rebuzno, en el temeroso amago de venir á las manos? ¿No escucharon suspensos y admirados los circunstantes el discurso sobre las armas y las letras? ¿No son de hombre bien criado, discreto, perspicaz, conocedor del mundo, honrado y justo, los consejos que dió á Sancho para que se hubiese bien en el gobierno de la ínsula? Yo, que estoy cuerdo, á Dios gracias, — y afirmolo, aun sabiendo con cuánta verdad dijo un autor: *la folie est une infortune que s'ignore elle même*, — daría por henchidas todas las medidas de mi ambición literaria, puesto que la tuviese, si acertase á escribir media cuartilla que en algo se pareciese al razonamiento que el loco Don Quijote dirigió á los cabreros sobre la dichosa edad de oro; al que, caminando con el del Verde Gabán, hizo acerca de la poesía; ó, por lo menos, al que introdujo en su plática con el Cura, el Bachiller y el Barbero, parangonando los caballeros cortesanos de entonces con los andantes de los siglos pasados.

Un hecho fingió Cervantes, que entra de lleno en este capítulo de pruebas y consideraciones sobre la subsistencia de cordura en la locura, y que á ponerle algún comento me lleva el deseo de hacer notar con qué sutil ingenio el autor lo preparó y condujo á su fin del modo más natural, práctico y aun iba á decir clínico. Es el altercado que se movió en la mesa de los Duques la vez primera que á ella se sentó Don Quijote. Importa fijarse, no sólo en lo esencial del hecho, sino en

todos los incidentes, porque contribuyen á demostrar, por una parte, cómo se moderan los ímpetus de la locura con el buen trato y atenciones que recibe quien la padece; y, por otra, cuánto, en esta disposición propicia, la índole pacífica, urbanidad y respeto del loco ayudan á reprimir sus naturales arrebatos.

Nunca en lugar alguno, como entonces en aquella casa, desde que el Hidalgo salió de la suya, se había convertido en realidad visible y palpable para él lo fantástico de su concepto monomaniaco. En ella se contemplaba elevado á la última región de sus esperanzas, de su esplendor y gloria; en ella era el caballero andante de todos conocido por sus preclaros hechos; allí moraba en un castillo, cual los que la inventiva de su delirio levantó repetidas veces sobre los cimientos de las descabelladas mentiras que había leído; allí, al hacer rendimiento á la apuesta castellana, le regaló los oídos la lisonja, que donde estaba la señora Dulcinea del Toboso, no era razón que se alabasen otras hermosuras; en aquel recinto le dieron por primera vez el dictado de grandeza, saludáronle con la aclamación de «bien venido sea la flor y nata de los caballeros andantes,» y la servidumbre derramó sobre él pomos de aguas olorosas; en aquellos salones gallardas doncellas le echaban sobre los hombros un gran mantón de finísima escarlata, y otras se ofrecían á desnudarle para ponerle una camisa, y le daban un tahalí con su espada, y una montera de raso verde, y agua á manos; y todo eran obsequios y agasajos, reverencias y ceremonias, pompa y majestad. Nada más perjudicial ni abominable que el fomentar y enardecer á este tenor los desvaríos vesánicos; aunque también es verdad que, en circunstancias especiales, en coyunturas muy difíciles, por excepción, en fin, exclusivamente reservada á la prudencia y criterio práctico del alienista, para atajar un arrebato furioso, puede simularse momentáneamente el asenso á la tema de un loco y á sus desatentados

propósitos, porque tal vez esta aquiescencia le templó por el pronto, le apacigua, esperanza, vuelve sumiso y dócil; acabando, por medio de un fingimiento discreto, en ajuste pacífico lo que comenzó arranque belicoso.

En una tranquilidad semejante estaba el ánimo de Don Quijote, desvanecido por el aparato casi triunfal de su recibimiento, cuando el grave eclesiástico que asistía en aquella casa y mesa, tan mal hallado con la simpleza del Hidalgo, como con el censurable proceder de los ilustres señores que para holgarse la fomentaban, dió al Duque y al Andante sucesivamente una corrección, que fuera fraterna, á no tener las cualidades de pública, destemplada, áspera y aun cáustica, para calificarla como merece. *Vuestra Excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó cómo se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.... Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde ¡nora tal! habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?*

Por infinitamente menos que dijo, en otra ocasión, Eugenio, antes que abrir Don Quijote los labios para responderle, arrebató de un pan, que junto á sí estaba en la herbosa alfombra, y con él dió al cabrero con tanta furia, que le remachó las narices. No había de ser así en la casa de los Duques, cuyo ambiente, por todas

las circunstancias referidas, tuvo entonces la virtud del suave y apacible de un manicomio, gran sedativo de hiperfrenias. *El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debían esperar antes buenos consejos que infames vituperios.* ¿Podía darse mayor moderación que la de estas palabras en el exordio de una réplica, que había de parecer cobarde é indigna no volviendo mofa por mofa, insulto por insulto, estocada por estocada? Así fué, no obstante, el tono de todo el discurso del Caballero. Afeó la acritud é importancia de la reprimenda; hizo una sucinta apología de sí mismo, encareciendo la rectitud de su comportamiento; y al cargo de bobería respondió con mesura y bondad tales, que sin duda los oyentes hubieron de persuadirse de la razón, y ponerse de parte del reprendido. *¿Por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera?... Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante.... Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno; si el que en esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo,*

díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes. Bobo era, sí, el que tal razonamiento hizo, fallo yo, como juez en juicio verbal; pero bobo que anduvo entonces del lado de la sensatez.

Paréceme que viene ahora muy á cuento un ingenioso episodio de la novela, que, por cierto, sobre ser de los que más acreditan de observador lince á Cervantes, demuestra su profundo conocimiento del corazón humano: ciencia que aprendió en la escuela de la adversidad, harto frecuentada por él, y mayormente en la de la pobreza, de la cual hubo de ser un alumno asiduo. O yo me equivoco, ó el episodio, poniendo en movimiento y juego la vanidad excitada por el amor propio, es un ejemplar de no pocos hechos, en los que se advierte al pronto que, así como va, por lo común, envuelto en la locura un resto de cordura, que resiste al desorden de la mente, así en la sobre haz de la cordura salen ciertos asomos de locura, ó dígase, si el término parece sobrado fuerte, de flaqueza de la inteligencia ó de los afectos. El *insanis et tu, stultique prope omnes* del estoico Damasipo; atrevido concepto, que no había antaño escolar de latín que no lo supiera de memoria, es realmente de aplicación muy elástica, pero, al fin, de aplicación efectiva hoy ni más ni menos que cuando corría en papiros aquella sátira de tan amarga como verdadera filosofía.

Don Lorenzo, el hijo del de Miranda, había estado seis años en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega; y era tan aficionado á la poesía, que todo el día se le pasaba en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la *Iliada*; si Marcial anduvo honesto, ó no, en tal epigrama; si se habían de entender en una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio; y todas sus conversaciones eran con los libros de los referidos poetas y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los romancistas de su tiempo no hacía mucha cuenta. Esto refirió de él don Diego á Don Quijote,

añadiendo que á la sazón tenía desvanecidos los pensamientos á su hijo el hacer una glosa á cuatro versos, que le habían enviado de Salamanca, y eran, á lo que pensaba, de justa literaria.

Recibido por el de lo Verde en su casa nuestro caballero, don Lorenzo, á quien su padre ha encomendado el juzgar de la discreción ó tontería del huésped, va inclinándose alternativamente, como antes se ha visto, al lado de la una y al de la otra, no tanto acaso por la sensatez de lo que le oye decir, cuanto por lo que esto á él, en particular, le lisonjea.

El señor don Diego de Miranda, padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene, y, sobre todo, que es vuesa merced un gran poeta. Ninguna extrañeza causa el que, tras esta insinuación, dejen perplejo á don Lorenzo, y sin poder decidirse sobre la locura de su interlocutor, las razones discretas y como dictadas por acerbos desengaños, que, refiriéndose á los versos que traía entre manos el mancebo, le dice Don Quijote: Si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero, á esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las Universidades; pero, con todo eso, gran personaje es el nombre de primero. Recae inmediatamente la plática en el asunto de la caballería andante, y ya no puede menos don Lorenzo de dar por loco á Don Quijote, so pena de tener que juzgarse mentecato á sí mismo. De sobremesa, lee el mozo su glosa, y levántase al punto el Caballero, y, en voz alta, que parece grito, asiendo la mano derecha de don Lorenzo, exclama: ¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo

un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca! ¡Plega al cielo que los jueces que os quitaren el premio primero..... Febo los asaetee, y las Musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas! Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores; que quiero tomar de todo en todo el pulso á vuestro admirable ingenio.

Más admirable es la maestría con que se desarrolla este episodio. Sobre los premios de los certámenes literarios da Don Quijote su parecer con el escepticismo de quien los vió alguna vez convertidos en sainetes, y sabe las intrigas que anduvieron entre bastidores, y el teje maneje que usaron las primeras partes. ¿Qué más se quiere para henchir á don Lorenzo, é inclinarle á llevar la contraria á su padre, que acababa de decirle que á su huésped antes tenía por loco que por cuerdo? ¿Puede haber para el joven esperanza como la de hallar, para su posible fracaso en la justa, la salida halagüeña del mérito vencido por el favor? Porque, con paz sea dicho, nadie suele llevar más allá que los poetas el amor y estimación de sí mismos; y como se les ha repetido mil veces, desde Horacio, que la mediocridad les asfixia y mata, y como todos se sienten vivir, por maravilla habrá uno que no infiera hallarse sublimado á los espacios etéreos do no arriban sino los ingenios que la gloria ha hecho inmortales. Por esto los elogios y aplausos se les deben por juro de oficio. Los que á la glosa de don Lorenzo prodigó Don Quijote salieron á impulso, más bien que de un criterio sesudo y rígido, del amor del Hidalgo al divino arte, y de su corazón entusiasta y generoso, propenso siempre á la benevolencia; porque la verdad es que si la composición llegó al certamen, con otras debió de encontrarse en él que le disputasen la palma, aunque no hubiesen sido sopladas por la Musa en cuyo regazo creció el mancebo hasta alcanzar la colosal es-

tatura de primer poeta del orbe; si bien parece que entonces, como siempre, si no eran muchos los que se estimaban por primeros, pocos serían los que se reputaban segundos. De donde tal aluvión de versos en el tiempo de Cervantes; más dichoso, sin embargo, que el nuestro, en que ya no es aluvión sino mar, que ha inundado los campos de la literatura, y en el que todos estamos sumergidos hasta la garganta, y muy pronto, si Dios no lo remedia, pereceremos ahogados; pues no parece sino haberse convertido en deshecha catarata la mansa corriente de Aganipe, vencida de los ruegos de tanto certamen que pide versos con más ahinco y fervor que los acualicios de marras imploraban la fecundizante lluvia.

En prosa sencilla y clara, como el agua limpia, da fin el cronista al gracioso episodio del poeta novel con una moraleja, superior sin duda, en todo sentido, á muchas que salen en público autorizadas con el ropaje del metro. *¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de Don Quijote, aunque le tenía por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, á cuánto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo, pues condescendió con la demanda y deseo de Don Quijote, recitándole un soneto á la fábula ó historia de Píramo y Tisbe. Es decir, que, en este respecto, don Lorenzo, á pesar de su talento y letras, hizo tercio con la bendita de doña Rodríguez y el insipiente de Sancho, yéndose de corazón tras la lisonja, como la dueña tras el favor, y el escudero tras la promesa..... ¿de quién?... de un miserable loco.*

A mí se me trasluce que otros acreditarían también aquella verdad ahora; porque dudo que hubiese muchas mujeres que no se esponjasen de oirse llamar hermosas, más que fuera de un orate, ni muchos hombres que no se engriesen de que el loco les alabase de sabios ó discretos y aun quizá de buenos mozos. Sí; que

todos nos paladeamos con la miel, sin inquirir cuál sea la abeja que la ha formado. Ni tampoco estamos libres de esta flaqueza —¿quién no tiene alguna?; pero ella es más merecedora de reparo y de censura en nosotros— los que, por estar en comunicación continua con los alienados, les conocemos mejor, y casi siempre, al oír sus razones, penetramos el designio de los unos, descubrimos la doblez de los otros, entendemos la ligereza de éstos, y medimos la cortedad de aquéllos... ¿Que nó?... pues ¡vaya! el que de entre nosotros, los asistentes en las casas de orates, no haya incurrido ni una sola vez en semejante pecado de amor propio, tírenos la primera piedra.

CAPÍTULO XIII.

METAPTOSIS Ó MUDANZA DE FORMA DE LA LOCURA
DE DON QUIJOTE.

El Cura, el Barbero y Sansón Carrasco, que era hijo del convecino Tomé, y acababa de venir de Salamanca, hecho bachiller; los tres de consuno, ayudados á veces por la Sobrina y el Ama, procuraron con afán la curación de Don Quijote, cuya desgracia tanto les lastimaba por lo que era en sí, cuanto por lo que parecían acrecentarla, en virtud de una forzosa contraposición, las dotes intelectuales y morales de su amigo.

Con el caritativo proceder de todos ellos contrasta tristemente el desapiadado de los Duques; y no quiero perder esta ocasión que se me ofrece de sentar la mano á estos señores, pues harto merecido lo tienen. Podrá objetarse que lo fabuloso de las aventuras, aunque con tal ingenio inventadas, que parecen acontecidas de verdad, en su castillo, disuade de tomarlas en serio, y vituperar á los que las ordenaron; pero yo no lo creo así, porque fueron un ejemplar vivo de la viciosa costumbre y dañado gusto, por mí siempre abominados, de buscar los cuerdos diversión en los desatinos de los locos, con tanto perjuicio de éstos, como menosprecio de la consideración que se les debe. Si los Duques no empañaron el lustre de sus blasones ó desmintieron la nobleza de su estirpe, puede decirse que bajaron á nivelarse con la gente necia y maleante que hace chacota de la mayor miseria humana, incitando á las víctimas de ella á descubrir sus llagas. *¡Mirad si no han de ser ellos locos,* dijo el malhumorado capellán, casi increpando á sus señores, *pues los cuerdos canonizan sus locuras!* ¡Oh! sí; ¡infelices tres veces los locos que caen en

manos de cuerdos de mal corazón, ó siquier imprudentes y desatentados!

Excuse ó disimule quienquiera los grotescos espectáculos con que largos días se holgaron los Duques, dando pábulo á la locura del Andante y vaya á la simplicidad del escudero; mas nadie, por cierto, habrá que no repruebe, abomine y condene la explosión de Clavileño, que derribó á entrambos medio chamuscados; y el derramamiento del gran saco de gatos en el corredor que sobre la estancia del Caballero caía, dos ó tres de los cuales se entraron en ella, y uno le arañó y mordió el rostro; aquel rostro á que irradiaba el corazón su bondad y nobleza, y en que jamás puso la mano ninguno de los que en buena lid pelearon con el Andante, ni aun los follones que le molieron á estacazos ó á pedradas; excepto el celoso y malsufrido arriero que, en la venta del Zurdo, le dió una terrible puñada á las quijadas, bien que sin verle, pues estaba el camaranchón como boca de lobo; y considerando que el buen cabrero Eugenio, en lucha desigual y atropellada, como en pelazga de galopines, hubo de descargar golpes de ciego para resistir simultáneamente á la acometida del amo y al acecamiento del mozo.

Aunque Cide Hamete Benengeli tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos tontos; yo, con perdón del respetable historiador arábigo y manchego, digo que no solamente lo parecían, sino que lo eran, en efecto, con visos y realidades de malos. Aun bien que de tales ultrajes vengó donosamente al Caballero doña Rodríguez, poniendo á sus señores cual decir podía una dueña blanda de boca, pues le descubrió con notorio escándalo el secreto de las trampas del Duque, y con vergonzosa infidelidad el todavía más delicado de los desaguaderos ó fuentes que llevaba la Duquesa en las piernas, por donde le fluía el mal humor de que es-

tada lleno aquel su cuerpo que parecía derramar salud. Un gentil zapateamiento á parte que no suele ver el sol, recios arañazos y rabiosa pellizcadura á todas las demás fueron el castigo que padeció y harto merecía la ruin dueña; pero no lograron que lo dicho, dicho no quedase, ni que á quien ello quemó no tuviese que soplar de recio, en medio de tanto burlesco holgorio.

Apartemos con repugnancia los ojos del comportamiento de los Duques, y pongámoslos gozosos en el del Cura, el Barbero y Carrasco, que trataron siempre á Don Quijote como cristianos y amigos, é hicieron todo cuanto les fué posible para facilitar la curación del infeliz, trayéndole al retiro y sosiego de su casa: indicación fundamental del tratamiento; en lo que mostraron poseer un exquisito sentido práctico. No incurrieron, como muchas personas, aun discretas é instruídas, en la vulgaridad de intentar convencer buenamente al loco de lo delirante de sus ideas, impugnándolas con discursos serios ó de alta filosofía, lo que dará siempre igual resultado que el querer inclinar á la virtud, con el sermón más sentimental, á una estatua de mármol. La mente del orate es el desierto en cuyo vacío y silencio se pierde la voz de todo predicador.

No consultaron con médico alguno; y no porque no le hubiese en la aldea, pues bien podían haber llamado al que asistió á Don Quijote en su última dolencia. ¿Era que á las mentales, por la preocupación general de aquellos tiempos, no juzgaban susceptibles de otro tratamiento que la clausura, sujeción y tal vez castigo de los enfermos? ¿Fué que maese Nicolás, gustando, como entonces, no menos que ahora, gustarían los romancistas, de meter la hoz en la miés médica, estimábase por hombre de asaz buen pecho y claro caletre para tomar sobre sí la curación de su vecino, y sin duda parroquiano, reservándose la alta dirección del negocio, y encomendando á los demás los trabajos secundarios? Nada de esto declara la historia.

Pero de ella se colige que el único tratamiento posible del Hidalgo era el moral, porque no había de curar su monomanía todo el eléboro de Anticira*; y que, conociéndolo los tres amigos, echaron de ver también que ante todo importaba apartarle de la atmósfera bo-rrascosa y extenuante de la locura andantesca, y volverle á la serena y confortativa del hogar doméstico. Mas ¿cómo conseguirlo? ¿Quién, por persuasión, y menos por fuerza, sin enfurecerle y agravar su locura, le hubiera arrancado de Sierra Morena, y sucesivamente del

* Para los antiguos el *Eléboro* era el medicamento antimaniaco por excelencia, y tan conocido, que la frase, ó llámese proverbio, *dandum est helleborum alicui*, equivalía á expedirle patente de loco. Sobre esta planta da Plinio algunas explicaciones curiosas é interesantes, por lo menos en el concepto histórico. Había dos *Helleborus*: el *niger* y el *candidus*. El negro, que se denominaba también *melampodion*, *ectomon* y *polirrhyzon*, crecía en todas partes; pero el mejor, en el monte Helicón; y el blanco, abundantemente en el monte Oeta, y el mejor, en las cercanías de Pira, sita en el mismo. Del blanco se contaban cuatro especies ó suertes, que, por el orden de su estimación, fundada en la calidad, eran el del Oeta, el del Ponto, el de Elea y el del Parnaso, que á veces se falseaba con el de Etolia. Cogíase el negro con grande aparato supersticioso y ridículo; y el blanco, con exquisitas precauciones, pues al que esta faena hacía se le cargaba la cabeza. De entrambos usábanse las raíces. El negro era purgante de la bilis y de la pituita; el blanco, emético; los dos, narcóticos; pero el segundo, mucho más activo. El mejor eléboro, en general, era el de sabor acre y picante; y el mejor blanco; el que más pronto provocaba á estornudar. Aunque el blanco fué, en remotos tiempos, un medicamento muy temido, hizose luego general y hasta vulgar su uso de manera, que, por reputarlo excitante de las funciones cerebrales, los hombres de letras lo tomaban para avivar el ingenio; y el filósofo Carnéades, cada y cuando había de discutir con Crisipo, purgábase con esta medicina, creyendo que así adquiriría lucidez para exponer sus ideas y vigor para refutar las del contendiente. Se usaba el eléboro contra varias enfermedades internas y externas del hombre y de los irracionales; pero, en especial, el negro contra la parálisis y la locura; y el blanco contra el morbo comicial (epilepsia), los vértigos, la melancolía, la locura, el delirio, el tétano, los temblores y el espasmo cínico (neuralgia, ó quizá parálisis facial). Druso, el más célebre de los tribunos de la plebe, fué curado de epilepsia, en la isla de Anticira, con el blanco. El cual, aunque más peligroso, estaba más en uso. Para éste había de disponerse convenientemente el orga-